

**"QUE ABISMO DE GENEROSIDAD, DE SABIDURIA Y DE CONOCIMIENTO DE DIOS"
(ROM.11, 33)**

***Homilía de monseñor Marcelo Raúl Martorell, obispo de Puerto Iguazú,
para el 21º domingo durante el año
(24 de agosto de 2008)***

La fe es el don supremo que Dios concede al hombre que le hace creer, despertando en su vida una dimensión distinta, a de aquel que no la posee y Jesús provoca en el hombre siempre una respuesta de fe.

Recordemos el episodio del evangelio del domingo antepasado cuando Jesús caminando sobre las aguas, provoca una confesión espontánea en los discípulos, "Realmente eres el Hijo de Dios"(Mt.14,33). Hoy Jesús en Cesárea de Filipo (Mt.16,13-20) provoca una confesión más completa, pues los discípulos tienen ya un conocimiento más completo de la figura de Jesús, que trasciende al de la gente común del pueblo, que cree y lo sigue simplemente por los signos que hace entre ellos.

Y Jesús les pregunta que dice la gente sobre él y dicen algunos del pueblo piensan que eres Juan el Bautista, otros el Profeta Elías, otros Moisés, otros que Jeremías; todos ellos grandes personajes del Plan de Salvación...Pero ellos no son el Mesías y aunque estos sean grandes personajes con una gran injerencia en el Misterio de Dios, hay una gran distancia con el Mesías.

Entonces interviene Pedro, humilde pescador, casi ignorante, sin letras y con el conocimiento común de las gentes sobre el Plan Salvífico...Es uno de los pequeños, humildes y sencillos del evangelio y sin dudar confiesa, respondiendo en nombre de sus compañeros, "Tu eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo"(Ib.16); aquí comprendemos la exclamación de Jesús en el evangelio "Te doy gracias Padre porque has escondido estas cosas a los sabidos y entendidos y se las has revelado a los pequeños y sencillos"(Mt.11,25).

En este marco y frente a esta confesión de fe de Pedro es que Jesús responde, haciendo de sus palabras una institución divina "¡Dichoso tú, Simón hijo de Jonás! , porque eso no te lo ha revelado nadie de carne o hueso, sino mi Padre que está en el Cielo"(Mt.16,17). Sin una gracia especial y una luz muy particular, no sería posible esta confesión tan explícita de fe en la divinidad de Jesucristo, y Jesús le responde a aquel que ha abierto el corazón a la gracia y al don de la fe la misión que le sería confiada: "Tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará" (Ib18) Al humilde y sencillo pescador, Dios le ha revelado el misterio más grande de la Historia de la Salvación, y entonces Dios mismo le manifiesta en Jesús, que el vendrá a ser la roca firme sobre la que Cristo mismo edificará y constituirá su Iglesia; el sólido edificio sobre el que se desarrollará, después de Cristo en la tierra, el Plan de Dios, de forma tal que ha pesar de los ataques que pudiera sufrir por parte del maligno, no será destruido.

Y añade Jesús seguidamente: "Te daré las llaves del Reino de los Cielos; lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo"(Ib 19)

En el lenguaje bíblico, las llaves indican poder, y por eso leemos en la primera lectura "Colgaré sobre sus hombros las llaves del palacio de David "(Is.22, 19-23), refiriéndose a Eliacín, mayordomo del palacio real. El poder conferido a Pedro es inmensamente mayor, a Eliacín se les confieren las llaves de un poder terrenal, a Pedro Jesús le confiere las llaves del "Reino de los Cielos", ese mismo Reino que Jesús ha venido a instaurar con su Iglesia, en la cual Pedro tiene el poder de "atar y desatar", tiene el poder de todas las cosas que hacen a la fe y ciertamente a las costumbres de los hombres, Potestad tan grande que sus decisiones son ratificadas por el mismo Dios. ¿Cómo podría ejercer un hombre potestad tan grande sin una asistencia especial del mismo Dios, que en el Espíritu de Jesús va guiando su mente y su corazón en bien de los hombres?

Esta es la Iglesia de Jesús, aceptada y vivida bajo el Primado de Pedro que al igual que la Iglesia es de institución divina, y así debe ser aceptada por los hombres de fe y de buena voluntad, aunque pueda ser objetada por algunos excesivamente racionalistas e insumisos a la autoridad divina. El cristiano auténtico reconoce con amor y gratitud lo que el mismo Cristo ha establecido, asegurando así, más fácilmente a los hombres el camino de la salvación.

Que María, Madre de la Iglesia, nos ayude a profesar y vivir la fe en Jesucristo y su voluntad.

Mons. Marcelo Raúl Martorell, obispo Puerto Iguazú